



Vol. 7, No.3, Spring 2010, 1-37

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

**El Partido Socialista de Argentina:
su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las
primeras décadas del siglo XX**

Oswaldo Graciano

Universidad Nacional de Quilmes

Introducción

Desde sus primeros años de acción política, los militantes y dirigentes del Partido Socialista [en adelante PS] eran conscientes de los severos obstáculos que enfrentaban en su experiencia partidaria cotidiana para construir una alternativa política de izquierda para los trabajadores en la Argentina. Esos obstáculos fueron atribuidos por los socialistas a la hostilidad del Estado liberal, que recurrió a la represión policial de sus manifestaciones proselitistas, al fraude electoral, a la ilegalización de las protestas obreras y al no reconocimiento de sus sindicatos. El mismo triunfo electoral de 1904 que le permitió a Alfredo Palacios ser elegido diputado socialista por el barrio obrero de la Boca y lograr promulgar una mínima legislación laboral, no ocultaba a los dirigentes partidarios los límites férreos que a su acción política le imprimían los mecanismos fraudulentos y represivos del régimen político vigente. Pero también al interior del partido surgieron voces

que plantearon los inconvenientes que enfrentaban para su avance político, señalando como sus causas el carácter incipiente del movimiento obrero en el país, su diversidad étnico-cultural y las disputas ideológicas en su seno, que se expresaron en la emergencia de corrientes gremiales e ideológicas profundamente diferentes como fueron el anarquismo, el sindicalismo y el mismo socialismo. Sus propias querellas políticas generaron fuertes enfrentamientos entre ellos y en reiteradas ocasiones fueron motivo para la represión gubernamental.¹

Aún así, fue el juicio del sociólogo y diputado socialista italiano Enrico Ferri (en una de sus conferencias brindadas en Buenos Aires en 1908) sobre la imposibilidad del socialismo en la Argentina, el que llevó a los socialistas argentinos a tener que emprender la tarea de justificar la razón de ser de su desarrollo en el país. Sus evaluaciones del PS argentino resultan un hecho histórico singular, y nos sirve de punto de partida para analizar en este artículo no sólo las respuestas de sus dirigentes a las mismas, sino también las estrategias y las prácticas políticas que articuló en las primeras décadas de su desenvolvimiento político. A su vez, ellas posibilitan llevar adelante una reflexión sobre la capacidad del partido para elaborar respuestas teórico-programáticas ante las singulares condiciones del desenvolvimiento capitalista del país y de sus diversas coyunturas políticas, entre fines del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Una ya extensa bibliografía ha reconstruido diversos aspectos del avance del movimiento socialista en la Argentina desde sus orígenes a fines del siglo XIX.² Desde ella se han ensayado diversas

* Una versión preliminar de este trabajo se presentó en las *Primeras Jornadas de Debate Universitario Argentina hacia el Bicentenario*, organizadas por la Universidad Nacional de Rosario en octubre de 2008. Agradezco los comentarios realizados por Ricardo Falcón y Carlos Aguirre a versiones anteriores de este artículo, que permitieron mejorarlo sustancialmente.

¹ Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina 1890-1930* (Austin: Institute of Latin American Studies - The University of Texas, 1977), pp. 31-32.

² José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina* [1981] (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999); Jeremy Adelman, "Socialism and Democracy in Argentina in the Age of the Second International", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 72, No. 2 (May, 1992): 211-238; Donald Weinstein, *Juan B. Justo y su época* (Buenos Aires: Fundación Juan B. Justo, 1978); Juan C. Portantiero, *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina Moderna* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999); Hernán Camarero y Carlos Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo* (Buenos Aires: Prometeo editores, 2005).

interpretaciones sobre los problemas que enfrentaron sus dirigentes para erigir un partido político de masas capaz de transformar a la Argentina. Otros trabajos provenientes de la propia izquierda y cuyo enfoque era esencialmente político, evaluaron de modo negativo la trayectoria del socialismo, principalmente desde el prisma que les brindó su fracaso estrepitoso frente al peronismo desde 1945. Así, estos análisis atribuyeron su liquidación política en los años siguientes, fundamentalmente, a su ideología liberal europeísta y pro imperialista y a la estrategia reformista de la dirigencia partidaria, una mirada que distorsionó el análisis del proyecto socialista desplegado en el país desde fines del siglo XIX.³

Por el contrario, este artículo busca recuperar las perspectivas de explicación más plausibles del desarrollo en el país del proyecto socialista y de su agotamiento, enriqueciéndolas con viejos y nuevos análisis historiográficos que permitan comprender su desenvolvimiento a partir de sus propias definiciones y tácticas políticas y de las condiciones sociohistóricas que ofrecía para su desarrollo la sociedad y la cultura política argentinas del período. Este enfoque posibilita reubicar su historia más allá de la excluyente mirada “enjuiciatoria” a la que fue sometido por la historiografía de las distintas vertientes políticas del marxismo y del nacionalismo de izquierdas. Asimismo, este artículo pretende contribuir al actual movimiento intelectual de recuperación historiográfica crítica de las experiencias de la izquierda en Argentina y en América Latina, con el fin de contribuir a repensar sus posibilidades teóricas y políticas en el presente del subcontinente.⁴

Confrontaciones teóricas sobre las posibilidades históricas del socialismo en un país capitalista periférico

Si bien los socialistas estaban acostumbrados al debate interno y al generado con otras tendencias de izquierda (ya los habían llevado adelante en diversos momentos con los anarquistas), la crítica proveniente de una figura relevante en la época del movimiento socialista como era Ferri, impugnaba las posibilidades del proyecto

³ Véase por ejemplo, Jorge Abelardo Ramos, *De octubre a septiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro* [1959] (Buenos Aires: Peña Lillo editor, 1974), 13-87.

⁴ Carlos Aguirre, “Marxismo e izquierda en la historia de América Latina”, *A Contracorriente*, Vol. 5, No. 2, Winter 2008, i- ix.

socialista fuera de la Europa industrial. Su condición de sociólogo y profesor universitario reconocido le otorgaban el peso de “la ciencia” para invalidar “doctrinariamente”, la existencia del socialismo en la Argentina. Ferri afirmó el carácter de implantación artificial en el país del PS, definiéndolo como una mera copia de la experiencia europea, ya que para él la ausencia de desarrollo industrial y de un proletariado emergente de ella, cuestionaban la misma razón de ser del proyecto socialista. Para éste, el desarrollo capitalista en el país se encontraba en su etapa agropecuaria, el proletariado rural no podía ser organizado políticamente en un programa socialista y los obreros industriales de Buenos Aires no cambiaban la condición agraria del país. Afirmó también que el PS era sólo un “partido obrero” por el tipo de programa económico que impulsaba y un “partido radical” por su programa político. Ferri indicaba además dos aspectos que a su criterio cuestionaban centralmente la estrategia política seguida por los socialistas argentinos: la búsqueda de acercar a los productores agrarios al partido y la escasa relevancia que le otorgaban a la cuestión de la propiedad colectiva. El sociólogo italiano le sugirió amablemente al auditorio socialista que lo escuchaba en el teatro Victoria de Buenos Aires, que su acción política útil en esta etapa de desarrollo histórico del país debía ser la de un partido radical al estilo francés y remataba con la afirmación de que “sin propiedad colectiva no hay doctrina socialista”.⁵

Los argumentos de Ferri revelaban una lectura ortodoxa de *El Capital*, ya que establecía una relación determinista entre el desarrollo del capitalismo industrial y la emergencia del movimiento obrero y socialista, exponiendo una visión eurocéntrica de la emancipación política del proletariado. Asimismo, dejaban también traslucir la disputa por los espacios de poder e influencia al interior de la II Internacional, ya que para Ferri el pequeño partido argentino no podía tener la misma representación y voto en ella que el Partido Socialdemócrata Alemán o el Socialista italiano. Sus críticas constituyeron un desafío teórico a la dirigencia socialista y obligaron a

⁵ El texto de Ferri se tituló “El Partido Socialista argentino” y fue reproducido en Juan B. Justo, *Socialismo* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1920), 123-128.

Juan B. Justo, convertido desde 1898 en el principal dirigente del partido, a responder desde el terreno de la doctrina marxista.⁶

Justo llevó adelante una respuesta sistemática a los cuestionamientos de Ferri, apoyándose en el análisis de Marx de la “teoría moderna de la colonización” para plantear la viabilidad del socialismo en un país capitalista periférico como era la Argentina. En efecto, para Justo el Estado había creado las condiciones para el desenvolvimiento en el país de las relaciones de producción capitalistas y del asalariado, al monopolizar las tierras libres, asegurar su transferencia en grandes extensiones a los antiguos latifundistas y fomentar la inmigración ultramarina. Ésta, al igual que la población de origen nativo, no hallaba otra condición para su supervivencia que proletarizarse vendiendo su fuerza de trabajo. Para este dirigente, si ya durante la dominación colonial se había impulsado el avance de la propiedad privada absoluta expropiando y proletarizando a mestizos e indios, ese proceso se consumó definitivamente en el siglo XIX, con la vinculación del país al mercado mundial bajo el liderazgo político de la oligarquía terrenal liberal: “Y desde que el progreso técnico-económico del mundo ha empezado a repercutir también aquí, la clase gobernante practica instintivamente, sin teoría alguna, sin más guía que sus apetitos de lucro inmediato y fácil, la colonización capitalista sistemática.”⁷

De ese modo, según Justo, a través de la ley y el despliegue de políticas que aseguraban la transformación de las tierras libres e indivisas en propiedad privada individual, el Estado había generado sistemáticamente el capitalismo en la Argentina, organizando una economía agropecuaria moderna, mecanizada e integrada al mercado mundial. Había impulsado además la formación de una clase trabajadora a través del flujo permanente de la inmigración masiva europea, garantizado por las políticas gubernamentales. La respuesta de Justo al desafío teórico de Ferri demostraba la sólida formación intelectual de algunos de los dirigentes del partido y su capacidad para

⁶ Proveniente de los sectores medios universitarios (era médico cirujano), Justo fue uno de los organizadores del partido entre los años 1894 y 1896. Su rol fue más decisivo aún en la definición de la táctica partidaria socialista, definitivamente consolidada en 1901 con su redacción de un programa de acción política rural.

⁷ Juan B. Justo, “El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino,” en Justo, *Socialismo*, 123-128.

“ajustar” la doctrina marxista a la nueva realidad que el capitalismo planteaba a la izquierda en áreas periféricas a la Europa industrial.

Este debate siguió de cerca los del socialismo europeo y se fundaba también en una breve pero rica experiencia de estudios previos sobre la sociedad argentina, originados en el seno del incipiente socialismo.⁸ Fue primero el ingeniero alemán Germán Avé Lallemand, introductor del marxismo y uno de los pioneros del movimiento socialista en el país, quien desde 1890 expuso en periódicos socialistas como *El Obrero*, *La Vanguardia* y en *Die Neue Zeit* del Partido Socialdemócrata Alemán, los rasgos de la nueva estructura económica del país centrada en la modernización capitalista del agro por su relación con el mercado mundial. En esos ensayos de estudio histórico y sociológico de la realidad argentina, aparecía nítida una economía y una estructura de clases rural dominada por una burguesía latifundista y cuya superestructura era un orden político controlado por una clase terrateniente y parasitaria.⁹

A sus escritos se sumaron desde fines de esa década y durante las primeras del siglo XX, los del propio Justo referidos a la economía agraria del país, en una producción intelectual partidaria que mostraba un conocimiento actualizado sobre la evolución capitalista mundial en sus áreas centrales (los Estados Unidos y Europa occidental) o marginales (América Latina, Nueva Zelandia, Australia), y un seguimiento permanente de la producción teórica de los principales dirigentes socialistas europeos, como demostró la traducción al español de *La cuestión agraria* de Kautsky en 1900. Asimismo, en los márgenes de las que se convirtieron en las tesis oficiales partidarias de la realidad argentina y mundial, surgieron desde temprano voces y tendencias disonantes que se inscribían en diversos eclecticismos teóricos, como fue el caso de José Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte y el

⁸ Desde los años 1870-1880 existieron una serie de esfuerzos de difusión del marxismo en el país por parte de emigrados franceses y alemanes, que formó parte de la trama de elaboración de un conocimiento social y teórico socialista local y que se prolongó con suerte varia en los escritos de algunos de los dirigentes y parlamentarios del partido. Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 61-176.

⁹ Tarcus, *Marx en la Argentina*, pp. 184-219; Osvaldo Graciano, “Izquierdas y cuestión agraria en la Argentina: la persistencia de un vínculo en la definición de sus estrategias políticas”, en Javier Balsa, Graciela Mateo y María Silvia Ospital, eds., *Pasado y presente en el agro argentino* (Buenos Aires: Lumiere, 2008), 381-406.

sindicalismo soreliano. Otros recuperaron el marxismo, como en los casos de José Penelón y Enrique Del Valle Iberlucea. Su quehacer político no sería neutro en el seno del socialismo, ya que estos dirigentes lideraron diversas acciones buscando reorientar la táctica partidaria y llevando a debates internos y a escisiones importantes como las del sindicalismo revolucionario en 1906.¹⁰

Si bien los socialistas argentinos expresaron una concepción del proceso histórico mundial eurocentrista, su profuso ensayismo sobre la Argentina y el mundo (difundido desde su órgano partidario *La Vanguardia*) y la misma obra de Justo anterior a 1912, no reprodujo de modo acrítico la ortodoxia marxista europea. Por el contrario, la incorporó a partir de una mirada ecuménica del mundo que le otorgó en sus análisis un lugar importante a la realidad que brindaban las formaciones sociales sudamericanas y en especial las áreas de colonización nuevas como Canadá, Australia y Nueva Zelandia. El mismo Justo ofreció en *Teoría y Práctica de la Historia* (1909), una síntesis de la historia mundial y de la evolución capitalista contemporánea en una perspectiva materialista. Era también una evaluación comparativa de las diversas corrientes y formas de lucha obrera y socialista en Europa, Nueva Zelandia, Australia y América. Esta construcción de una visión económica y sociológica del orbe capitalista y del país desde la periferia del mismo por parte del partido, fue la que sustentó su proyecto político desde principios del siglo XX. Tuvo como singularidad también que, gracias a Justo, ella integró parte de la tradición nativa de análisis marxista y tuvo como referencia de comparación ineludible a ese mismo mundo. Esta definición teórica e histórica del mundo capitalista se completaría con la producción intelectual del pequeño círculo de dirigentes integrado por Nicolás Repetto, Enrique y Adolfo Dickmann, Mario Bravo y Jacinto Oddone que reconoció y sirvió al liderazgo político de Justo y cuyos escritos tuvieron más bien la función de divulgarla y aplicarla a los problemas del país, a través del análisis de la problemática del latifundio, de la agricultura, de la inmigración europea y del proletariado rural y urbano.

La dirigencia partidaria consolidada a principios del siglo XX había elaborado un pensamiento social y un lenguaje político complejos

¹⁰ Emilio J. Corbière, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1987), 7-22; Camarero y Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina*, 12.

(sistematizados y difundidos entre los afiliados y simpatizantes a través de *La Vanguardia*, los folletos, las conferencias y discursos), frente al que podían ofrecer para la época las fuerzas políticas liberales y el Radicalismo.¹¹ Pero si bien ese pensamiento fue clave para la elaboración del proyecto político partidario, su entramado conceptual revelaba su alejamiento de la teoría marxista: la referencia a ciertas concepciones de la misma por parte de estos dirigentes, como las del materialismo histórico y la lucha de clases, careció de cualquier aplicación sistemática analítica a la realidad y más aún a la lucha política. Sin embargo, como fue señalado por diversos autores, el reformismo de esta dirigencia no significó la aceptación acrítica del revisionismo bersteiniano, sino que más bien fue el resultado de la influencia que sobre ella tuvieron las vertientes del socialismo belga y del francés de Jean Jaurès.¹² Así, si el modelo que siguió el socialismo argentino se inspiró en todas esas corrientes, fue precisamente por que la periferia desde donde este movimiento pretendía echar raíces, le permitió confrontar las diversas tendencias de acción del socialismo europeo, para finalmente adoptar la estrategia de acción política que creían más conveniente desplegar en el país sin entrar en querellas desgastantes para el partido. Esa perspectiva desde los márgenes le permitió a Justo seguir el debate marxista alemán de 1899 entre revisionistas y ortodoxos en las páginas de *Die Neue Zeit*, manteniendo a su partido alejado de esa polémica teórica.¹³

Pero su juicio sobre la evolución del capitalismo se encontraba cercano al del revisionista alemán Eduard Bernstein, ya que también creía que las tesis de Marx sobre la pauperización y proletarización creciente no se confirmaban en esa evolución y de ello infería implicancias profundas sobre la táctica política socialista en el país. En efecto, Justo confiaba en que la lucha socialista condujera a una transformación del mismo a través de la construcción de “una contra-

¹¹ Tulio Halperin Donghi, “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en Tulio Halperin Donghi, *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987), 223-225; Ana Virginia Persello, *Historia del Radicalismo* (Buenos Aires: Edhasa, 2007), 20-80.

¹² Aricó, *La hipótesis de Justo*, 88-92; Tarcus, *Marx en la Argentina*, 374-386; y Javier Franzé, *El concepto de política en Juan B. Justo* (Buenos Aires: Centro editor de América Latina, 1993), volumen 2, 99-101.

¹³ Portantiero, *Juan B. Justo*; Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000* (Barcelona: Crítica, 2003), 93-94.

sociedad” en el interior de la sociedad capitalista, producida por la acción concurrente y transformadora de la lucha gremial y del cooperativismo como acción económica de los trabajadores, de las bibliotecas socialistas para la formación política y ciudadana y de la participación política electoral y parlamentaria, dejando arrumbadas definitivamente las tesis de un derrumbe capitalista y de la táctica revolucionaria.¹⁴

Se trató en definitiva de una propuesta de socialismo adaptada a las condiciones del desenvolvimiento específicas de un capitalismo agroexportador periférico y dependiente, en un área marginal del mundo y escaso desarrollo industrial. Su modelo de acción política había sido adoptado en parte del que ofrecía la II Internacional europea, cuya dirección era hegemonizada por el líder del Partido Socialdemócrata Alemán Karl Kautsky, quien había abandonado cualquier compromiso práctico con la revolución en el centro mismo del capitalismo, a fines del siglo XIX. A pesar de su discurso ortodoxo marxista y revolucionario, el socialismo alemán abogaba cada vez más por su transformación a través del reformismo parlamentario.¹⁵ Pero si bien los socialistas argentinos se orientaron por los lineamientos de organización partidaria y de lucha política del partido alemán, nunca adoptaron al marxismo como la ideología oficial del suyo. La confrontación de este proyecto socialista con las impugnaciones de Ferri indicaba bien que los dirigentes argentinos, recurriendo a los instrumentos del análisis de la tradición socialista y marxista europea, habían configurado un proyecto de socialismo adaptado a la singular configuración que brindaba la formación social argentina en los albores del siglo XX.

La definición del proyecto socialista en la Argentina moderna

Ese conocimiento elaborado empírica y teóricamente desde el partido por un sector de sus dirigentes encontró su materialización programática definitiva en su congreso de 1901. A partir de él, el PS diseñó, de modo completo, una estrategia política que tenía en cuenta las singularidades del desenvolvimiento histórico y socioeconómico del país y su estrecha vinculación al mercado mundial. Esa estrategia

¹⁴ Franzé, *El concepto de política*, 114.

¹⁵ Donald Sassoon, *Cien años de Socialismo* (Barcelona: Edhasa, 2001), 29-51.

consistió en integrar al partido al proletariado y a los sectores medios urbanos, pero también a los peones rurales y la pequeña burguesía rural. El PS buscó además orientar las luchas corporativas económicas de ésta última para lograr el desarrollo pleno del capitalismo en el agro, proponiendo para ello un programa agrario que promovía los intereses de los pequeños agricultores y ganaderos pampeanos y cuyo principal objetivo era liquidar a la gran propiedad territorial y el poder social terrateniente.¹⁶

La cuestión agraria nacional y pampeana en particular, entendida como la existencia de relaciones de producción dominadas por el latifundio ganadero, se encontraba en la base de la definición socialista de la naturaleza de la hegemonía social terrateniente en la Argentina y fundaba también su programa político. Sus líderes habían logrado además, explicitar en clave sociológica e histórica los rudimentos de una teoría social sobre el desenvolvimiento del capitalismo argentino que, por supuesto, no posibilitaba vislumbrar nuestra moderna conceptualización del mismo como un capitalismo periférico, pero que sí llevaba a definirlo con relación a su especialización productiva agraria, de acuerdo a la división internacional del trabajo impuesta por el imperialismo inglés.

No menos importante, la actuación política partidaria mostraba también la voluntad de adaptación de ciertas categorías de la teoría marxista para interpretar la realidad nacional y de brindar al movimiento socialista y obrero, a partir de su aplicación, un conocimiento sobre la sociedad y el régimen político, no deudor del aparato ideológico de las clases dominantes.¹⁷ Pero aunque algunos de los dirigentes del socialismo argentino mostraban un sólido conocimiento de la teoría marxista equiparable al de sus pares europeos, de ello no se seguía que esa teoría se convirtiese en

¹⁶ Osvaldo Graciano, "El agro pampeano en los 'clásicos' del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928", en Osvaldo Graciano y Talía Gutiérrez, eds., *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000* (Buenos Aires: Prometeo libros, 2006), 87-115.

¹⁷ Jeremy Adelman, "Una cosecha esquiva. Los socialistas y el campo antes de la Primera guerra mundial", *Anuario IEHS*, IV, 1989; Graciano, "El agro pampeano en los 'clásicos' del socialismo argentino", 87-115.

orientadora de la lucha política partidaria. Su estrategia sería la del reformismo parlamentario y la lucha electoral.¹⁸

Esa táctica hizo factible que en el momento de la democratización de 1912 (promovida por la misma elite gobernante) y centrada en la competencia partidaria, el PS lograra vehicular su definición de la naturaleza agroexportadora del desenvolvimiento capitalista nacional y del tipo de poder construido por sus sectores dominantes rurales, en un programa electoral y en una estrategia política que buscaba acelerar la transformación del primero en beneficio de los pequeños productores rurales. Ello llevaría también a la mutación del segundo, con la liquidación del poder terrateniente. Su estrategia de una alianza político-social entre el proletariado urbano y rural y la pequeña burguesía agraria, permitiría un desarrollo capitalista alternativo al liderado por los grandes estancieros y el capital extranjero, creando así una verdadera democracia económica y política que haría inevitable, una vez realizado el “Progreso” prometido por la burguesía, la construcción de la sociedad socialista. Aunque se enmarcaba en una visión evolucionista y determinista del proceso histórico mundial que culminaría con la realización del socialismo, esta propuesta era sólo realizable por la praxis humana desplegada a través de las acciones sindical, cooperativa, cultural y fundamentalmente política.¹⁹ La participación electoral, la defensa de la democracia representativa y de las instituciones republicanas, y la lucha parlamentaria por la obtención de una legislación de reforma liberal de la economía, de impuestos a la tierra, de leyes de expansión de la educación laica, de protección de los trabajadores y de regulación del capital, fueron los aspectos en torno a los cuáles se desplegó la táctica partidaria para reformar la sociedad. La visita a Buenos Aires en 1912 del francés Jean Jaurès y su elogiosa evaluación de la acción política del PS argentino, fue vivida por su dirigencia como el juicio definitivo que

¹⁸ Mientras Kautsky había sistematizado el marxismo como la ideología del socialismo alemán y se tituló a sí mismo marxista, los dirigentes argentinos no lo imitaron en ninguna de las dos acciones.

¹⁹ Jorge E. Dotti, “Justo lector de *El Capital*”, en Jorge E. Dotti, *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo* (Buenos Aires: Puntosur, 1990), 93.

sepultaba cualquier resonancia que pudiera conservar en la memoria socialista, las palabras de Ferri de cuatro años antes.²⁰

Las posiciones teóricas y programáticas de la dirigencia socialista argentina eran el resultado de su experiencia política nacional anterior a la implantación de la democracia representativa en 1912, de su evaluación de la estructura económica y social producto de un país agroexportador y de un Estado oligárquico. Ellas fueron pensadas para enfrentar a los sectores dominantes en el terreno de la lucha electoral y permitieron a sus dirigentes poner en ejercicio una práctica política legalista y reformista, instituida en torno a la nacionalización de las masas y su participación en las elecciones y en la conformación de grupos parlamentarios representantes no sólo del interés obrero sino también de la amplia coalición social que pretendieron liderar. Esto hizo más evidente que las definiciones marxistas y revolucionarias eran un componente retórico apenas audible en su “Declaración de Principios”. En el despliegue de esa táctica reformista era clave la realización del “Programa mínimo” a través de su instrumentación legal por la vía parlamentaria, por lo cuál los dirigentes socialistas concentraron su acción política en ganar bancas en el Congreso, en las legislaturas provinciales y en lograr la conducción de los municipios.

Aún cuando su programa político se modificó en reiteradas ocasiones (antes y después de 1912), se organizó casi siempre en torno a medidas de limitación de la jornada laboral y reglamentación del trabajo, mejoras salariales, reconocimiento legal de las asociaciones obreras, abolición de los impuestos indirectos y su reemplazo por gravámenes directos, la instrucción laica estatal y obligatoria, la instrumentación de las autonomías municipales, la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del ejército, el reconocimiento de la ciudadanía a extranjeros con residencia de un año en el país, la igualdad civil entre los sexos, el voto femenino y la ley de divorcio absoluto. A ellas se sumaron, desde principios del siglo XX, el reclamo por la supresión de la legislación represiva de los trabajadores y propuestas de transformación del agro, al que consideraban dominado por la presencia del latifundio terrateniente. Estas últimas se concentraban en la eliminación de impuestos a la pequeña producción ganadera y

²⁰ El prestigio internacional como intelectual de Jaurès y su condición de dirigente del socialismo francés le otorgó a los militantes argentinos un blasón de legitimidad que no se cansaron de promocionar.

agrícola, la indemnización a los agricultores arrendatarios por sus inversiones y la imposición directa y progresiva sobre la renta del suelo usufrutuada por los terratenientes.²¹

Este conjunto de proposiciones propagandizadas por los socialistas primero bajo el régimen oligárquico represivo y luego en democracia, tendían por un lado a regular la explotación capitalista, asegurar condiciones sociales y laborales mínimas a los trabajadores y a sus familias e intentaban generar garantías institucionales al desarrollo de las organizaciones gremiales proletarias. Por otro lado, buscaban ampliar la participación electoral a los inmigrantes a través de su naturalización, un reclamo que pretendía hacer efectivo el funcionamiento de la democracia representativa.

Aunque para los dirigentes del PS su escaso avance político en la primera década del siglo XX se debía a la utilización por parte de los sectores propietarios del fraude electoral y de la represión, tanto de los sindicatos como de su movimiento y del anarquista, mantuvieron firme su postura de participación electoral, siguiendo así estrictamente la táctica fijada por la II Internacional. La clase dominante había garantizado, con ese tipo de instrumentos, su control del sistema político y del Estado, no sin combinarlos con ensayos muy limitados de apertura política en 1902 y de reforma laboral en 1904, en el segundo de los cuáles colaboraron intelectuales y dirigentes socialistas. Pero si a todas luces eran magros los resultados del partido en su participación política en esos primeros años, el balance que hizo su dirigencia sobre las posibilidades a futuro del socialismo en el país siempre fue positivo.²²

La fortaleza de esa convicción se remitía no sólo a la creencia en la “ineluctable” marcha de la Historia hacia la realización del socialismo, sino también en los avances de su propia organización partidaria y de la conciencia de clase del proletariado, expresado en sus luchas gremiales, su naturalización como argentinos y su afiliación socialista. En los albores del primer centenario de la revolución independentista, Justo señalaba en un escrito de 1910 solicitado por el diario liberal *La Nación* para su suplemento dedicado a esa celebración: “Rasgo saliente del progreso argentino durante el primer siglo de

²¹ Hobart Spalding, *La clase trabajadora argentina. (Documentos para su historia- 1890/ 1912)* (Buenos Aires: Galerna, 1970), 257-281.

²² Adelman, “Socialism and Democracy in Argentina”, 221-223.

independencia es el movimiento de elevación de la clase trabajadora.”²³ En su ensayo indicaba los elementos de avance del movimiento obrero que desempeñaba un verdadero *papel civilizatorio* al posibilitar crear una sociedad moderna capitalista: “la mejor adaptación del productor manual extranjero a nuestro medio, y la adaptación cada vez más completa de nuestro medio al trabajador extranjero, doble movimiento que nos acerca a los países cultos.”²⁴

Su artículo era una visión contrahegemónica a la extensamente difundida por la prensa del período y celebrada por la elite gobernante, sobre el progreso argentino alcanzado bajo la dirección de su burguesía terrateniente. La dirigencia socialista enfatizaba, en su contrahistoria del país, la incapacidad de la burguesía argentina no sólo para brindar soluciones a los problemas sociales que generaba la explotación, sino también para dirigir la misma modernización europeizante del país. A su criterio, sería el socialismo el movimiento político que con su praxis política singular podía asegurar tanto el progreso material, cultural y político como el avance hacia una sociedad humana basada en la propiedad colectiva de los medios de producción. Justo expuso una visión del socialismo como momento culminante que debía alcanzar la civilización argentina con la implantación de la democracia social, que se extendió como una certeza política en el discurso de su núcleo dirigente.²⁵ Pero el texto fue censurado por el diario, que decidió no publicarlo al declararse el estado de sitio y prohibirse la difusión de las ideologías obreras. La prohibición mostraba bien los reflejos autoritarios a los que los gobiernos liberal-conservadores estaban dispuestos a recurrir ante la protesta política y gremial de los trabajadores.

Aún si estas situaciones no mellaban la creencia en un *devenir histórico ineluctable*, ellas no llevaron a los socialistas a esperar su realización *per se* sino que, como se indicó, fueron construyendo los espacios institucionales y los instrumentos políticos para desplegar la práctica política partidaria. Así, con la ventaja de contar con los exitosos ejemplos del Partido Socialdemócrata alemán o el Partido Socialista belga, los socialistas argentinos procedieron a una meticulosa organización partidaria fijada a través de sus Estatutos, a la creación de

²³ Justo, “El Socialismo argentino”, 81.

²⁴ *Ibidem*, 117.

²⁵ Adelman, “Socialism and Democracy in Argentina”, 229.

sus centros partidarios, de sus propios periódicos y editorial, de sus Casas del Pueblo, bibliotecas y ateneos de divulgación científica. Toda esa red de promoción cultural y política estuvo destinada a extender su acción en los barrios, formar ideológicamente a los trabajadores y extender su influencia sobre la dirección de los sindicatos. En el avance del partido en las diversas ciudades y barrios populares, sus militantes reprodujeron el modelo de organización partidaria en torno al centro socialista, e hicieron de la difusión cultural (por medio de la biblioteca y la imprenta) y del asociacionismo cooperativista, una práctica política clave para la preparación técnica de los trabajadores en el manejo futuro de la economía.²⁶

La dirigencia del partido liderada por Justo tuvo preocupación particular por crear una identidad socialista definida entre sus afiliados y dirigentes, que pretendieron proyectar sobre la vida política del país como la expresión de un proyecto político de la clase obrera. Esa identidad se sustentó en torno a la estrategia de la nacionalización de los trabajadores inmigrantes y de un discurso cuyos ejes articuladores fueron la defensa, en lo político, del imaginario liberal democrático, y en lo social, del igualitarismo. Ese discurso político se reforzaba con la apelación a la ciencia y sus saberes sobre la naturaleza y la sociedad como rectores de legitimación de la crítica social y de sus propuestas políticas. Como ya se dijo, la ciencia positiva era defendida por los socialistas como fundante de la marcha histórica del progreso, que conducía a la humanidad al socialismo. La teoría marxista aparecía propagandizada como la expresión más elevada de esa ciencia positiva y como señaló Justo, siguiendo la valorización que los dirigentes europeos hacían de la ciencia, el socialismo se definía como la expresión de la lucha política obrera por su emancipación guiado por la ciencia: “En efecto, el socialismo es la lucha en defensa y para la elevación del pueblo trabajador, que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana, basada sobre la propiedad colectiva de los medios de producción.”²⁷

Si un aspecto caracterizó al partido fue la importante convocatoria en sus filas de los hombres del mundo de la educación, la

²⁶ Sergio Berensztein, *Un partido para la Argentina Moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1890-1916)*, Documentos Cedes, 60 (Buenos Aires: Conicet-Cedes, 1990), 1-62.

²⁷ Justo, “El Socialismo”, 38.

cultura y las profesiones liberales: maestros de escuela, estudiantes universitarios, artistas y escritores, periodistas, ingenieros, contadores y mayoritariamente médicos y abogados, se incorporaron a él desde sus orígenes. La presencia de los intelectuales en sus filas le permitió al partido sustentar sus actividades de extensión cultural y construir su propio aparato cultural de difusión y formación de cuadros dirigentes en gran parte del país. En muchas localidades de las provincias pampeanas, del Cuyo, del norte o del interior patagónico, éstos fueron las figuras importantes para llevar adelante la acción partidaria, organizar sus centros y publicaciones y fueron quienes se vincularon con grupos de trabajadores urbanos y rurales, intentando atraerlos al partido y dar orientación política a sus protestas.²⁸

Pero no fue la militancia de éstos en sus filas el hecho singularmente diferenciador para esta fuerza de izquierda con respecto al resto de las que integraban el sistema político, ya que la actividad política argentina y en particular la parlamentaria (tanto durante el régimen oligárquico como en la primera experiencia democrática) se caracterizó en gran medida por la gestión de los doctos, de los hombres de leyes y los médicos. Lo singular fue el papel gravitante que esos intelectuales tuvieron desde sus inicios, en la dirección partidaria socialista, sin contrapeso influyente en ella de trabajadores y de los sindicatos. A su vez, la competencia electoral llevaría desde 1912 a una mayor profesionalización de la política y haría dominante en el control del partido y en sus grupos parlamentarios, la presencia de los médicos y de los abogados. Esta situación contrastaba con la presencia mayoritaria en las filas partidarias de obreros, artesanos, pequeños comerciantes y de empleados públicos y de comercio, siendo además el voto de los primeros decisivo para los triunfos electorales socialistas.²⁹ Un dato no menor: la mayoría de los dirigentes que secundaron a Justo en el control del partido hasta su muerte en 1928 procedían de la universidad y en algunos casos continuaron ejerciendo su profesión en ella o asumieron (como abogados) el patrocinio de intereses

²⁸ Pablo Lacoste, *El socialismo en Mendoza y en la Argentina* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993), tomo 1, 43-144.

²⁹ Walter, *The Socialist Party of Argentina*, 174-176.

económicos.³⁰ La agudización del predominio de intelectuales reveló la presencia cada vez más importante de grupos de la pequeña burguesía urbana en el partido, contrastando con la ausencia significativa en sus órganos de conducción de dirigentes de origen obrero como contrapeso social a aquéllos. Su resultado no fue otro que la afirmación del partido en las posiciones reformistas en las décadas siguientes y en un discurso político en el que dominaban acentuadamente los tópicos liberales de la democracia parlamentaria y en el que los obreristas se fueron diluyendo.

A ello contribuyó también la imposición de la dirigencia socialista de la autonomía entre gremios y partido, entre la lucha sindical y la política, reafirmada en el congreso socialista de 1908 y fundamentalmente en el de 1918. Por su estrategia reformista la dirigencia partidaria priorizó la utilización de los derechos políticos, el voto de los trabajadores y la acción parlamentaria para la transformación política del país, apoyando la organización de sindicatos y centrales por parte de éstos y (con limitaciones) las huelgas, a los fines de obtener reivindicaciones salariales y laborales. La delimitación precisa de la acción gremial (en la lucha económica clasista) y la del partido (en la lucha política) fue defendida por Justo y por los dirigentes que lo secundaron, y si bien concitó una fuerte oposición en el seno del partido por parte de sus fracciones de izquierda, fue aceptada por algunos de los principales sindicalistas socialistas.³¹

Si bien esta posición era funcional a la táctica del reformismo partidario, respondió además a la aceptación por la conducción socialista del creciente predominio de la corriente sindicalista en el movimiento obrero. Aunque ello no implicó que los socialistas limitaran su influencia en la dirección de gremios y centrales (como mostraron bien la dirección socialista en muchos de ellos y la organización de la

³⁰ Leticia Prislei, "Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente", en Hernán Camarero y Carlos Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina*, 223.

³¹ Hiroschi Matsushita, *Movimiento Obrero Argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1983), 26-30; Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984), 11-25; Hernán Camarero y Alejandro Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (Marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991), n° 326, 33-35.

Confederación Obrera Argentina en la década de 1920),³² su efecto político fue cerrar el acceso de dirigentes emergentes de las filas obreras a los cargos partidarios y a sus listas de candidatos electorales, fortaleciendo la conducción pequeño burguesa del partido. No menos importante, alejó a la dirigencia partidaria del movimiento obrero quitándole la posibilidad de reforzar su poder político por ese apoyo e impidiéndole de ese modo, otorgar al socialismo una unidad de acción política reforzada por sectores del gremialismo. Si la autonomía entre la acción gremial y la política le quitó cualquier potencialidad revulsiva en lo político al partido, ello fue un resultado buscado por su conducción en su táctica gradualista y legalista de construcción del socialismo. Pero también fue una consecuencia que la propia diversidad ideológica del movimiento obrero le impuso como un hecho desde 1906, con la ya indicada escisión del sindicalismo de ese año. La posición partidaria con respecto al movimiento sindical tuvo otras consecuencias: por ejemplo, llevó a intensas disputas internas que se saldarían con escisiones partidarias e implicó limitar la proyección electoral del partido en el interior del país.

Al abrirse desde 1912 la competencia electoral por la reforma política que posibilitó en la Argentina la era de la política democrática, los socialistas confiaban en que a través del sufragio construirían un gran partido de masas a nivel nacional, al que sumarían también a la clase media y a los sectores de pequeños productores rurales. Su confianza en su crecimiento y conquista del poder político se sostenía en sus certezas evolucionistas de progreso histórico y de realización ineluctable del socialismo en el futuro. A su vez, ella se reforzaba en el hecho de definirse a sí mismos como un verdadero partido programático y moderno, alejado de lo que consideraban las prácticas comunes de la “política criolla” argentina como el personalismo, la ausencia de programas políticos y las prácticas venales caudillistas que, según su percepción, encarnaban todas las otras fuerzas partidarias. La vía electoral les permitiría convertir el socialismo en realidad política. Su confianza se sostenía también en el espejo europeo: allí estaba la irrefutable experiencia política de la socialdemocracia alemana, que

³² Hernán Camarero, “Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina*, pp. 185-217.

expandía su crecimiento electoral de modo permanente y se había transformado, a principios del siglo XX, en el principal partido de su país con una numerosa bancada parlamentaria.

La dirigencia partidaria hizo gala de una profunda fé en el internacionalismo obrero y en la defensa del liberalismo económico, como dos condiciones para el desarrollo de las fuerzas productivas en el país y la construcción del socialismo en el mundo. El libre comercio era defendido, además, con relación a la mejora de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera, ya que el sistema tributario argentino se concentraba en los impuestos a las importaciones y ellos pesaban fuertemente sobre el consumo de los trabajadores. Fue por ello que el PS impulsó, reiteradamente, proyectos de reforma tributaria en los que proponía reemplazar los aranceles aduaneros por impuestos a la tierra, descargando de ese modo el peso de financiar el Estado sobre los sectores propietarios terratenientes y no sobre los pequeños productores, los obreros y los asalariados de clases medias.³³

Pero este posicionamiento ideológico internacionalista y liberal con relación al mercado mundial produjo en los socialistas, un velo teórico profundo para comprender los rasgos fundamentales del imperialismo como una dimensión fundante de las realidades latinoamericanas y particularmente de la argentina, cuya modernización capitalista había sido impulsada por las inversiones europeas y principalmente británicas. Si bien para los socialistas la dominación social en el país se sustentaba en la alianza entre la clase terrateniente y el capital extranjero, su certeza era que este último desempeñaba un papel histórico clave en el desarrollo de las fuerzas productivas y la creación de una civilización capitalista como condiciones para el proyecto socialista. Esta perspectiva, expuesta por Justo en sus escritos y discursos parlamentarios y en su denuncia del expansionismo norteamericano en Cuba y Puerto Rico³⁴, le impedía ofrecer a sus pares europeos y latinoamericanos los aportes teóricos centrales de la experiencia socialista en la periferia para romper, ya antes de la Gran Guerra y de la Revolución bolchevique, con las visiones lineales y eurocéntricas del socialismo mundial. Sus certezas evolucionistas, propias de la tradición cultural de la modernidad

³³ Portantiero, *Juan B. Justo*, 39-43.

³⁴ Juan B. Justo, *Internacionalismo y Patria* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1925), 76-82, 197-198, 232-235 y 251-252.

europea en la que estaban formados, también les imposibilitó a los dirigentes socialistas poner en consideración teórica la posibilidad de diferenciaciones profundas en el despliegue capitalista mundial, evaluando las disparidades económico-culturales entre las formaciones sociales europeas y latinoamericanas no sólo como el resultado de las etapas que conducían al progreso. Se trataba, en suma, de una visión de desarrollo histórico unilineal que no consideraba alternativas al mismo.³⁵ Pero fue en la lucha política concreta donde la dirigencia del PS encontró algunas de las principales razones que obstaculizaron y frustraron el proyecto socialista en el país.

El Partido Socialista y la competencia electoral en la primera experiencia democrática

Los veinte años de acción política socialista previos a la apertura democrática de 1912 permitieron al partido acumular una extensa experiencia sobre la tarea necesaria para construir una fuerza de izquierda que pudiera dar cuenta de la realidad nacional y definir un proyecto socialista a la altura de los desafíos que ella planteaba.³⁶ A pesar de sus modestias materiales, el partido había organizado sus propias instituciones y creado sus medios de difusión, para extender su acción y construir una identidad socialista acorde con su proyecto.

En términos de organización institucional el partido no se encontraba en desventaja con respecto a las otras fuerzas políticas competitivas del momento como el Radicalismo y las conservadoras provinciales. Por el contrario, la propaganda socialista divulgó reiteradamente sus propuestas programáticas en materia de reformas económicas, sociales y políticas y su dirigencia no dejó de indicar la ausencia de programas políticos en esos partidos. Tampoco lo estuvo frente a esas mismas agrupaciones en cuanto a la composición social de sus filas: aunque se proclamó como un partido clasista, su estrategia electoral siempre fue policlasista, y en ello su dirigencia fue coherente con su estrategia de alianza urbano-rural definida desde 1901. Sus

³⁵ La perspectiva alternativa al eurocentrismo fue impulsada tempranamente por algunos socialistas, como fue el caso de Manuel Ugarte con sus postulaciones de un antiimperialismo latinoamericanista. Oscar Terán, "El primer antiimperialismo latinoamericano", en Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986), 85-97.

³⁶ Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1934), tomo I, 225-280 y tomo II, 195-403.

dirigentes proclamaron permanentemente que sus filas estaban abiertas a todos los que lucharan por la causa obrera. Más aún, a pesar de la acusación que recaía sobre el PS como un partido de extranjeros (acusación vertida por radicales y conservadores), se trataba de una fuerza política en la que ya se había producido la “nacionalización” de sus cuadros dirigentes, lo que no lo hacía distinto en este aspecto a segmentos significativos de la dirigencia de las otras organizaciones políticas.

Pero sus desventajas con respecto a los otros partidos en el inicio de la competencia electoral de 1912 se situaron con relación a su proyección territorial: para esa fecha el Radicalismo, de la mano de Yrigoyen, se había convertido en un partido de alcance nacional, en tanto los conservadores, si bien no habían alcanzado organizarse en una fuerza similar y unificada, controlaban importantes bastiones electorales del país como herederos del régimen oligárquico. Se agregaba a esta desventaja un elemento social de gravitación política importante en la lucha electoral: si resultaba evidente que los sectores propietarios dominantes se organizaban en torno de las fuerzas conservadoras, fue un hecho no menor la presencia de segmentos de los mismos en la dirigencia nacional y provincial de la UCR. Este partido interpelaba además a toda la ciudadanía, sin distinciones sociales marcadas, en su voluntad de conquista del poder político y, como indicaron diversos autores, también logró un significativo apoyo obrero en los años ‘20.³⁷ En este sentido, el PS si bien no podía contar con el sostén de los sectores propietarios, tampoco logró el apoyo masivo de los obreros urbanos (y mucho menos el de los peones rurales), disputado por los Radicales.

Debe indicarse que el reclamo de naturalización a los trabajadores para integrarse al partido y dar batalla electoral no fue exitoso y ello también fue clave en disminuir sus posibilidades electorales. La ausencia de medidas estatales de incentivo a la nacionalización de los inmigrantes (evitando de ese modo su incorporación a la vida electoral) y la propia resistencia de éstos a

³⁷ David Rock, *El Radicalismo Argentino, 1890-1930* (Buenos Aires: Amorrortu, 1977), 298-299; Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat, “Estado, Empresas, Trabajadores y Sindicatos”, en Ricardo Falcón, *Democracia, Conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Tomo 6 (Buenos Aires: Sudamericana, 2000), 177.

obtener la ciudadanía argentina, crearon una situación política de exclusión electoral de importantes sectores de trabajadores, que los socialistas no pudieron modificar con su propaganda. Tampoco su proyección sobre distintos núcleos provenientes de las clases medias urbanas compensaba ese fracaso en construir un gran partido de masas obreras.

Fue así en el terreno de la disputa política que se pueden encontrar las razones para comprender los límites del proyecto socialista. En efecto, una evaluación general del desenvolvimiento electoral argentino, tanto a nivel de los comicios provinciales como en las instancias legislativas y en las tres elecciones presidenciales del período 1912-1930, hace harto evidente la capacidad del Radicalismo por conquistar mayorías electorales. Asimismo, las mismas fuerzas conservadoras lograron retener porciones significativas del electorado a lo largo de todos esos años. Si bien sería fundamental comprender las circunstancias socioeconómicas y políticas específicas que condicionaron en cada momento las diversas dinámicas electorales en el país, no deja de ser importante indicar que el Radicalismo consolidó su predominio político imponiendo su propia sucesión presidencial, sobre la base de la afirmación del liderazgo carismático de Yrigoyen y la articulación no menos relevante que sus dirigentes lograron entre la maquinaria electoral partidaria y el control del Estado.³⁸

Si bien los socialistas obtuvieron importantes resultados electorales en algunos distritos industriales y obreros como las ciudades de Buenos Aires y Avellaneda, su performance fue pobre en el interior urbano y rural del país, logrando conquistar muy pocas ciudades (Resistencia en el Chaco y Mar del Plata en la provincia de Buenos Aires). Aunque sus bloques legislativos nacionales y provinciales crecieron a lo largo de estos años, siempre fueron minoría frente a los conformados por radicales y conservadores, no logrando tampoco conquistar ningún gobierno provincial desde el cual generar un proyecto de poder sostenido ya no sólo “desde el llano”.³⁹ La apelación discursiva al ciudadano y la propaganda sobre la obra legislativa de sus bloques parlamentarios no eran suficientes como factores movilizadores

³⁸ David Rock, *El Radicalismo Argentino*, 108-127; Virginia Persello, *El Partido Radical. Gobierno y Oposición, 1916-1943* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004), 57-85.

³⁹ Walter, *The Socialist Party of Argentina*, 93-204.

del electorado a su favor, alternativos a los medios puestos en juego por radicales y conservadores. Sin dudas la tarea parlamentaria del socialismo en el Congreso Nacional y en muchas legislaturas provinciales (como las de Buenos Aires y Mendoza), se caracterizó por intentar profundizar la democratización del país, proponiendo un corpus de legislación obrera y social de importancia, impulsando proyectos para modificar la realidad latifundista (a través de impuestos al mayor valor del suelo y la regulación de los arrendamientos), posibilitar los derechos civiles y políticos de la mujer y eliminar las leyes represivas estatales, entre otras. Pero su fracaso en generar esos instrumentos legales para transformar gradualmente a la sociedad, pusieron en entre dicho toda su estrategia política reformista.

A las limitaciones electorales del socialismo, además de la ya analizada diferenciación entre la lucha política y la gremial, se sumó la competencia por la dirección del movimiento obrero del sindicalismo (fuerte en algunos gremios importantes), y la de los anarquistas (que rechazaban la participación política) y, desde los años '20, la de los comunistas. Mientras la primera corriente se mantuvo alejada del partido priorizando la lucha gremial, las dos últimas atacaron sin ambages la táctica reformista del PS. El neutralismo político propiciado por los socialistas en los sindicatos coincidió con la práctica gremial apolítica de los sindicalistas, limitando la politización de los trabajadores y con ello las posibilidades electorales socialistas y de su presión política. Se trataba de un juego de suma cero: el partido no se incumbía en la organización gremial, situación que limitaba y restringía la capacidad de la lucha obrera, en tanto el desarrollo sindical redundaba poco en el acercamiento de los trabajadores al partido y en su expansión política.

No fueron los únicos factores que se sumaron a las frustraciones de la lucha política emprendida por la dirigencia socialista en esta etapa. Aunque resulta difícil medir la importancia del voto obrero en asegurar los triunfos del PS en ciudades y municipios, no caben dudas de que el peso de ambos fue muy insuficiente para asegurarle una proyección mayor en el interior del país y a nivel provincial. Si bien la estrategia de extender la acción partidaria en los sectores rurales era clave para el proyecto socialista, nunca pudo sumar caudales significativos de votos en el electorado rural pampeano o del resto del

país. El fuerte control político de las dirigencias radicales y conservadoras y de sus policías, así como la presencia de un número significativo de trabajadores extranjeros con alta movilidad espacial que perjudicaba la organización gremial rural, fueron factores que dificultaron la tarea de agitación socialista en el campo. A ellos se sumó otro de relevancia más significativa aún para esa pobre proyección rural, como fue el escaso eco que en los agricultores y pequeños ganaderos tuvo la acción parlamentaria socialista, a pesar de haber presentado numerosos proyectos legislativos que contemplaban sus reclamos económicos.

A lo largo de dos décadas, la frustración socialista se hizo patente en su fracaso por obtener el apoyo rural de los trabajadores y de la pequeña burguesía agraria y el partido nunca obtuvo caudales electorales significativos para construir con ellos mayorías parlamentarias. Su incapacidad para movilizar a esa burguesía rural no era sólo su responsabilidad ya que su programa agrario contemplaba la promoción de sus intereses económicos, con el fin de convertirla en una burguesía dinámica conquistadora. Pesaba también en ese fracaso el hecho de que esos sectores no se acercaron al partido porque sus reclamos económicos aspiraban sólo a la conquista de las libertades capitalistas y no a la transformación de las relaciones de propiedad.⁴⁰ Si el PS fracasó en transformarse en un partido de masas por la vía electoral y parlamentaria, no menos importante en él fue el abstencionismo ciudadano en las elecciones del período, factor escasamente considerado por la historiografía al evaluar su incidencia en los eventos electorales en el país y en qué medida afectó las chances socialistas.

En las limitaciones de su crecimiento partidario influyeron también las escisiones que sufrió en 1915, 1917 y 1927 que, si bien estuvieron motivadas cada una de ellas por causas distintas, afectaron sus resultados electorales, principalmente en la ciudad de Buenos Aires. Algunas fueron expresión de verdaderas querellas ideológicas y de táctica política, como fue el caso de la crítica a la que fue sometido el

⁴⁰ Waldo Ansaldi, "La pampa es ancha y ajena. La lucha por las libertades capitalistas y la construcción de los chacareros como clase", en Marta Bonaudo y Alfredo R. Pucciarelli, comps., *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*, tomo II (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993), 71-101.

reformismo de la dirigencia justista entre 1912 y 1917, por los jóvenes obreros marxistas orientados por José Penelón.⁴¹ Otras tuvieron un tono personalizado, como fue la separación en 1915 de su banca legislativa y del partido de Alfredo Palacios, lo que llevó a éste a formar el Partido Socialista Argentino de alcance electoral nulo y de vida efímera (desapareció en 1922).

Relevantes resultaron las luchas internas en las que se vio inmerso el partido entre 1917 y 1921 (similares a las que vivía la II Internacional) ante la guerra y la revolución bolchevique, iniciadas por el cuestionamiento de los núcleos marxistas a las posiciones proaliadas del bloque parlamentario socialista ante esa conflagración. La disputa interna de 1917 por la guerra se saldó finalmente a favor de la dirigencia reformista, gracias al quebrantamiento del juego democrático partidario que ellos mismos habían defendido durante dos décadas, como un principio legitimante de la acción socialista y alternativo a la política criolla. Sus parlamentarios violaron el mandato partidario de neutralidad del país en el conflicto europeo impuesto por la minoría de izquierda en su III Congreso Extraordinario de abril de 1917, votando en el Congreso Nacional por la ruptura de relaciones con Alemania.⁴²

La Revolución bolchevique avivó la querrela ideológica en el socialismo llevando a la formación, por parte de los grupos marxistas expulsados, del Partido Socialista Internacional en enero de 1918, al que transformaron en Partido Comunista a fines de 1920. La discusión abierta desde estos años conmovió el liderazgo reformista y los iniciadores del comunismo en el país les achacarían a los líderes socialistas su condición de dirigencia comprometida con el régimen burgués, aunque retomarían gran parte de sus propuestas de solución sobre la cuestión agraria y obrera.

Esta crisis fue también el resultado de la decantación inevitable de las disputas mantenidas durante varios años, entre las tendencias

⁴¹ Camarero y Schneider, *La polémica Penelón-Marotta*, 28-66.

⁴² Luego, en una maniobra convalidada por la dirigencia reformista, los legisladores socialistas renunciaron a sus bancas y el Comité Ejecutivo del partido llamó a una votación general de los afiliados sobre la cuestión que terminó rechazándolas, convalidando de ese modo la posición del grupo parlamentario. Fortalecidos en su poder partidario, la dirigencia reformista procedió a suprimir los centros de la fracción internacionalista y a la expulsión de muchos de sus militantes. Daniel Campione, *El Comunismo en Argentina. Sus primeros pasos* (Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2005), 7-55.

revolucionarias y las reformistas. En efecto, en torno a un pequeño núcleo de militantes obreros socialistas de Buenos Aires, se constituyó a partir de 1912 una corriente que reivindicó las posiciones marxistas y clasistas. Liderado por el trabajador gráfico José Penelón y reunidos inicialmente en el Centro de Estudios Sociales Carlos Marx y desde 1914 en el Comité de Propaganda Gremial, este grupo reintrodujo el marxismo como fundamento de la política del PS, cuestionando la táctica reformista y reivindicando la vinculación entre partido y lucha sindical y la neutralidad en la guerra mundial. Su acción en el interior del partido hasta su separación de fines de 1917, demostraba la existencia temprana en el socialismo de fracciones que, aunque minoritarias, formularon una estrategia de lucha sindical y política marxista y clasista, alternativa a la del reformismo justista.⁴³ La coyuntura de la posguerra marcada por el impacto de la revolución en Europa y en Rusia en particular, permitió a los primeros encontrar una legitimación política para la formación de un nuevo partido marxista fundado en la táctica revolucionaria. El Partido Socialista Internacional pudo así atraer a sus filas a segmentos significativos del viejo tronco socialista, en un clima mundial marcado por la debacle de la burguesía y el avance revolucionario del proletariado. La admiración que a la distancia producía en los militantes de izquierda del país la acción revolucionaria de los bolcheviques rusos, permitió además que el naciente comunismo lograra un expectante apoyo electoral en la misma ciudad de Buenos Aires, que lo llevó a ocupar desde 1919, cargos en el Consejo Deliberante de la capital del país.⁴⁴

El Partido Socialista viviría su última escena de lucha interna entre reformismo y revolución en su congreso de Bahía Blanca de 1921, en el cual los grupos de izquierda internacionalistas conocidos como *terceristas* y cuyo referente era el senador Enrique del Valle Iberlucea, fueron derrotados en su propuesta de incorporación del partido a la Internacional Comunista.⁴⁵ El alejamiento del partido de los grupos marxistas y la política de disciplinamiento ideológico sobre sus afiliados impuesta por la dirigencia justista para evitar nuevos desafíos, permitió a los reformistas restablecer la dirección partidaria. La situación política del socialismo en los años '20, difícilmente podía compararse a la que

⁴³ Camarero y Schneider, *La polémica Penelón-Marotta*, 28-41.

⁴⁴ Campione, *El Comunismo*, 115-152.

⁴⁵ Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, 50-52.

enfrentaban los partidos socialistas europeos. A diferencia de la profunda crisis en la que se hundieron estos últimos a causa principalmente de su compromiso con la guerra y sus divisiones frente a la revolución europea, el PS argentino pareció dejarla atrás en 1921, encaminándose decididamente por la lucha electoral y parlamentaria, logrando triunfos electorales en la ciudad Buenos Aires. Pero los éxitos del reformismo socialista en el plano interno partidario y en el electoral, tuvieron como costo la reafirmación por la dirigencia de la táctica política y de las posiciones ideológicas propias del mundo que se había hundido con la guerra y la revolución, en un nuevo período histórico que las había puesto en cuestión y obligaba cuanto menos, a su revisión. Con el mismo arsenal ideológico de la II Internacional de fines del siglo XIX, el PS seguiría desarrollando el proyecto de transformación socialista del país. En efecto, mientras la catástrofe bélica europea del '14 fue interpretada por los socialistas expulsados del partido (como Palacios y Ugarte) como el hundimiento civilizatorio de Occidente y por los marxistas del PSI como la aurora de un nuevo mundo, los dirigentes del PS (Justo, Repetto, De Tomaso y Dickmann) siguieron defendiendo una perspectiva evolucionista y liberal de la historia mundial y su estrategia de reforma social por la vía legal. Fortalecieron además sus postulados liberales en materia económica, proponiendo impulsar en las conferencias socialistas de Berna y Amsterdam de 1921, las medidas que aseguraran el libre comercio internacional para lograr la unificación capitalista del mundo, denunciando al proteccionismo como causante de la guerra europea. Esta propuesta fue también desarrollada por el grupo parlamentario en el ya citado congreso socialista de Bahía Blanca de 1921, aunque marcaba en sus argumentos una inflexión que los alejaba del liberalismo a ultranza, por su perspectiva obrerista y la posibilidad de la intervención estatal en el comercio exterior del país.

En suma, sus consecuencias negativas se harían sentir en el partido, ya que éste se resintió en su capacidad de elaborar un conocimiento teórico renovado del proceso mundial y del país para adecuar su práctica política, sin poder colocar en su atención principal los gravitantes fenómenos del imperialismo, el proteccionismo y el latinamericanismo y de la crisis de un modelo de despliegue del capital y de la democracia liberal propios del mundo de preguerra. De modo paradójico, había sido la formación de un núcleo dirigente sólidamente

preparado en torno al liderazgo teórico e ideológico de Justo y a su temprana capacidad para definir una estrategia e identidad socialista para el país, lo que se convirtió en el principal obstáculo que bloqueaba las adecuaciones ideológico-políticas frente a las nuevas situaciones nacionales y mundiales.⁴⁶

La vigencia que en la dirigencia justista continuó teniendo el libre comercio se explicaba por su evolucionismo no mellado por la crisis en que la guerra hundió al capitalismo. Pero aunque ese liberalismo se distanciaba del profesado por la burguesía por su perspectiva clasista, continuaba considerando como central la división internacional del trabajo, el libre movimiento del capital y la unificación capitalista del mundo para la construcción de un verdadero internacionalismo obrero. El libre comercio que defendían como clave estratégica para continuar fundando las relaciones económicas internacionales, les permitió denunciar las tendencias más brutales que el capitalismo había tomado en Europa con el nacionalismo militarista y realizar la crítica de la misma dirigencia socialista europea por sus compromisos nacionalistas y belicistas. Pero los artículos y discursos que los socialistas argentinos dedicaron a la denuncia de las claudicaciones del movimiento socialista francés, alemán y belga ante la guerra, no convenció a estos últimos a sustraerse de los compromisos políticos nacionales, de los que quedaron inmersos más aún luego de ella.⁴⁷

La revolución bolchevique con su apertura de un ciclo histórico marcado por la conquista violenta del poder y el protagonismo del proletariado ruso, produjo un cimbronazo ideológico en muchos de los dirigentes socialistas desde sus mismos inicios, que los llevaría a replantear sus convicciones liberales y reformistas. Pero pocos como Del Valle Iberlucea asumirían una defensa encendida de ella y de la obra de gobierno de los soviets, que implicaba la necesaria reformulación de

⁴⁶ Juan B. Justo, "Después de la Guerra", en Juan B. Justo, *Internacionalismo y Patria* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1925), 16-53.

⁴⁷ El mismo Justo y los parlamentarios del partido habían defendido la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y algunos como el senador Enrique del Valle Iberlucea, llegaron a reclamar hasta el compromiso bélico del país en defensa de su comercio internacional. Daniel Campione, *El Comunismo en Argentina*, 19-23.

la táctica política partidaria.⁴⁸ La mayoría de la dirigencia y del bloque parlamentario socialista sólo valoró a la revolución como una experiencia política comprensible por las condiciones de la Rusia zarista, rechazando la práctica revolucionaria y las medidas gubernamentales de Lenin de expropiación de los terratenientes y de nacionalización del suelo. El mismo Justo, en diversas evaluaciones de la experiencia soviética, si bien reconoció su importancia histórica mundial como uno de los caminos del proletariado para la construcción de una sociedad igualitaria, criticó la política bolchevique como un retroceso del socialismo a la “teoría catastrófica de la historia”. En su crítica podían descubrirse los ecos de Bernstein para rechazar la política de la revolución, la que se seguía a su vez de la reafirmación del proyecto de construcción evolutiva del socialismo por medio tanto de la acción política-electoral como de la cotidiana práctica cultural, gremial y cooperativa de sus militantes.⁴⁹

Al abroquelarse férreamente en el liberalismo y en la estrategia de la socialdemocracia como soluciones a la crisis mundial, sin considerar que esas mismas propuestas políticas tuvieron también su responsabilidad en ella, lo que la dirigencia reformista había mostrado a principios del siglo XX como perspicacia teórica y política para definir el proyecto socialista para el país, se revelaba en la primera posguerra como incapacidad de elaborar teóricamente, las nuevas tendencias económicas y de dominación política que se perfilaban nítidamente en el mundo capitalista. Tampoco pudo comprender el proceso político abierto por la revolución soviética como apertura radical a otra historia, esta vez real y no sólo hipotética, de construcción de una sociedad socialista.

La acción parlamentaria del PS desarrollada entre la posguerra y la crisis mundial del '29, fue consecuente con su programa reformista, intentando concretar por la vía legislativa sus propuestas de democratización de la economía, con leyes de combate a los monopolios y trusts, impuestos progresivos al suelo, protección a la pequeña producción agrícola en arrendamiento, fomento del cooperativismo y

⁴⁸ Enrique del Valle Iberlucea, “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, discurso reproducido en Emilio J. Corbière, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, 81-108.

⁴⁹ Justo, “Después de la Guerra”, en Juan B. Justo, *Internacionalismo y Patria*, 37-49.

fortalecimiento del libre comercio con la eliminación o reducción de derechos aduaneros a las importaciones. También desplegaría una numerosa serie de proyectos buscando establecer una legislación de asistencia y seguridad social, de protección de la infancia y la vejez y de regulaciones del trabajo de las mujeres, abarcando en sus proyectos laborales al conjunto de los trabajadores rurales y urbanos. El centro neurálgico del conjunto de propuestas de los parlamentarios socialistas continuó siendo el reconocimiento jurídico de los sindicatos y de la jornada de ocho horas de trabajo. Mientras tanto, sus propuestas parlamentarias en materia de culto religioso, de educación laica, de derechos civiles y políticos de la mujer y de divorcio, demostrarían también la persistencia del socialismo por lograr el avance de la sociedad hacia su completa secularización y la equiparación social y política de los géneros, profundizando con ellas la reforma liberal del país dejada a mitad de camino por las fuerzas conservadoras y por el propio Radicalismo.

Aún en este marco de acción política socialista clivado por la ideología democrático-liberal propia del reformismo, surgieron propuestas parlamentarias impulsadas por el senador Enrique Del Valle Iberlucea que resultaron un intento de adaptación de algunas de las propuestas de regulación de las relaciones entre capital y trabajo que se afirmaron en la posguerra, como el contrato colectivo y los consejos judiciales del trabajo. Otras como la creación de un “Consejo Económico del Trabajo”, debida también a la iniciativa del mismo senador en 1920, iban a avanzar aún más en marcar nuevas propuestas en materia de proyectos de legislación obrera, ya que retomaba en lo fundamental la de los consejos obreros de fábrica propuestos en Europa luego de la revolución y que llevaban a la participación obrera en el control de la producción.

No serían las únicas iniciativas que marcarían cambios en el programa socialista en el transcurso de los años '20, ya que las propuestas de nacionalización del petróleo y de las minas de hierro y carbón mostraron una preocupación por el control estatal de los recursos energéticos, aunque con límites férreos: a excepción de Manuel Ugarte, el partido no vinculó la nacionalización del petróleo a un proyecto de industrialización de la economía. Como ya se indicó, el caso de Ugarte fue significativo como tentativa de una orientación socialista

temprana alejada del eurocentrismo evolucionista de los dirigentes, no sólo por su latinoamericanismo antiimperialista sino también porque su modelo de emancipación económica era el Japón moderno.⁵⁰

Pero los magros resultados parlamentarios y la misma crisis de la II Internacional en la posguerra, hicieron más evidente los fracasos de la estrategia reformista. Más aún, la búsqueda de la reforma social y política por la vía parlamentaria se revelaba en toda su impotencia para convertirse en el instrumento de respuesta a conflictos sociales de magnitud, como fueron la “Semana Trágica” de enero de 1919 en Buenos Aires y las huelgas de los peones rurales patagónicos de 1921 y 1922.⁵¹ Aunque el PS tuvo un incremento muy importante de votos a sólo dos meses de la represión obrera de enero de 1919 y ello afirmaba a la dirigencia en lo acertado de su táctica, en el largo plazo mostró nítidamente su fracaso, ya que esos caudales se volvieron a diluir. Fue probable también que aún muchos obreros que apoyaban al partido se convencieran, más temprano que tarde, de la ineficacia de la lucha electoral y parlamentaria.

La incapacidad política de la dirigencia socialista para construir un partido de masas y de mayorías electorales se acentuó también por su rechazo político visceral del primer movimiento nacionalista popular en la Argentina del siglo XX, el Radicalismo. Como ya se indicó, este partido fue permanentemente anatemizado por los socialistas desde el congreso y la prensa partidaria, no reconociendo en él su carácter político de fuerza antioligárquica. Para los socialistas el Radicalismo sólo era una expresión más de la tradicional “política criolla” basada en el caudillismo personalista y la inorganicidad institucional, ubicada en las antípodas de la práctica partidaria del socialismo, defendida por sus militantes como la expresión misma de la moderna política científica en el país.⁵²

Sin embargo, y sin manifestar acuerdos interpartidarios o parlamentarios a lo largo de la coyuntura política democrática, radicales y socialistas apoyaron ciertos procesos de democratización de la universidad como las protestas de los estudiantes universitarios en

⁵⁰ Carl E. Solberg, *Petróleo y Nacionalismo en la Argentina* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986), 56-57.

⁵¹ Julio Godio, *La Semana Trágica de Enero de 1919* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986), 89-103.

⁵² Carlos Miguel Herrera, *Las huellas del futuro. Breve historia del Partido Socialista de Argentina* (Buenos Aires: La Vanguardia, 2007), 27-28.

1918, los reclamos por mejores condiciones laborales de diversos gremios, la jornada legal de ocho horas en 1929. Coincidieron también en defender las reivindicaciones de los agricultores arrendatarios pampeanos en 1912 (el Grito de Alcorta) y en 1921 ambos partidos apoyaron una ley de contratos de arrendamientos que mejoraba sus condiciones económicas. Un punto conflictivo entre ambas fuerzas fueron las cambiantes posiciones del gobierno de Yrigoyen frente a las huelgas obreras urbanas y rurales, que oscilaron entre beneficiar en sus reclamos a algunos sectores gremiales y la represión militar más sangrienta contra otros. Los socialistas denunciaron ambas políticas gubernamentales: a las primeras por considerarlas expresión del oportunismo político del personalismo demagógico de Yrigoyen, y a las segundas como revelación del carácter antiobrero del gobierno. De ese modo, la dinámica de deslegitimación mutua que comprometió a ambos partidos hasta 1930 y sus pugnas por el voto obrero y de los sectores medios, les impidió priorizar por encima de sus disputas su carácter de fuerzas políticas populares y antioligárquicas. La consecuencia no fue otra que la recíproca incapacidad para convenir en acuerdos parlamentarios que les permitieran hacer avanzar una legislación del trabajo, de transformación agraria o de nacionalizaciones de servicios públicos y del petróleo, como para sentar las bases de una democracia avanzada en el país, aunque ambos partidos esgrimieron en diferentes momentos proyectos sobre algunas de esas cuestiones.

El socialismo en la encrucijada final de la democracia argentina, 1927-1930

Las diferencias internas en el seno del socialismo en torno al Radicalismo y la figura de Yrigoyen, sirvieron de catalizador para una nueva división partidaria en 1927, culminando con la formación del Partido Socialista Independiente ese mismo año. A diferencia de la división de fines de 1917 que daría luego origen al comunismo en el país, la nueva estuvo causada por el enfrentamiento dentro del núcleo íntimo de los dirigentes que apoyaban a Justo. En efecto, era el resultado de las disputas entre Nicolás Repetto, los hermanos Adolfo y Enrique Dickmann y el grupo de dirigentes integrado por Antonio De Tomaso, Federico Pinedo, Augusto Bunge y Héctor González Iramain entre otros, todas figuras importantes en el desenlace favorable al reformismo en el

enfrentamiento con los grupos marxistas del partido una década atrás. Esta nueva división mostraba muy bien las disputas políticas que enfrentaban al mismo grupo de dirigentes liderados por Justo, siendo a la vez la que más duramente resentiría las posibilidades del socialismo reformista en el plano electoral en los tres años previos al golpe de estado cívico- militar de 1930, que puso fin a la democracia.⁵³ La novel fuerza partidaria liderada por Antonio De Tomaso y Federico Pinedo se consolidó en la Capital Federal a costa del viejo partido, ya que arrastró a sus filas a numerosos militantes, obteniendo además un importante resultado en las elecciones porteñas de 1928, adjudicándose la primera minoría.⁵⁴ También sumó a sus filas a la mayoría de los diputados socialistas, logrando conformar un bloque de legisladores propio.⁵⁵ La fuga de una fracción importante de dirigentes socialistas al nuevo partido implicó una sangría de cuadros que se agravó aún más por la muerte de Justo en 1928, la que dejó un vacío de dirección del partido sin posibilidad de reemplazo inmediato. Esta última división le significó al Partido Socialista una pérdida importante de militantes y dirigentes, principalmente en la Capital Federal, y que llevaron a la reducción de su influencia política a la mínima expresión hasta el final de la década.

Si bien la historiografía tendió a diferenciar en lo ideológico a los dos partidos e identificó al socialismo independiente como una fracción política sólo liberal, la actuación de éste durante los dos años previos al golpe de Estado se encuadró, si bien con matices, en los principios ideológicos desplegados por el socialismo. En efecto, parte de su conducción se compuso de dirigentes de antigua participación en las filas del viejo tronco partidario, cuya formación ideológica y promoción política ocurrió bajo el padrinazgo del grupo dirigente justista. Algunos como Augusto Bunge y Antonio De Tomaso habían integrado el pequeño y cerrado círculo de su dirigencia formada en los principios y la táctica de la II Internacional, que resultó así su escuela de capacitación política: para ellos su lenguaje político y arsenal teórico-programático

⁵³ Lo singular de la nueva ruptura fue que ella se originó en el retiro del proyecto de intervención de la provincia de Buenos Aires (bastión del Radicalismo) que el mismo partido había presentado en la Cámara de Diputados, actitud que Justo convalidó luego de su entrevista con Yrigoyen.

⁵⁴ Luciano De Privitello, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003), 72.

⁵⁵ Horacio Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, tomo 2 (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina), 1987, 95-198.

habían sido el resultado de una experiencia partidaria de varias décadas. Ese imaginario socialista continuaba orientando en esos años la acción política de la fracción independiente y lo demostraba el hecho de que el programa partidario fuera retomado del que reivindicaba como propio el Partido Socialista.⁵⁶

Pero la diferenciación profunda entre ambas fuerzas se dio por su posición frente al Radicalismo, ya que los socialistas independientes desarrollaron desde 1930 posiciones políticas conspirativas y antidemocráticas, participando activamente en el movimiento golpista de ese año. A diferencia del rechazo permanente de la práctica política del radicalismo yrigoyenista que mantuvo el Partido Socialista antes y después de la muerte de Justo, los denominados independientes se caracterizarían por sus cambiantes posiciones frente a él. En el mismo año en que habían forzado la división del socialismo por la negativa de Justo de apoyar en el Congreso Nacional el pedido de intervención federal a la provincia de Buenos Aires, los legisladores del socialismo independiente acompañaron con su voto en la Cámara de Diputados, la promulgación del proyecto de nacionalización del petróleo presentado por el Radicalismo yrigoyenista, para inclinarse finalmente luego del triunfo en las elecciones presidenciales de Yrigoyen, hacia una oposición acérrima al nuevo gobierno.⁵⁷

El itinerario de ambas fuerzas socialistas hacia el final de la década estuvo marcado, como el de toda la oposición, por su involucramiento en una confrontación total con el gobierno de Yrigoyen, contribuyendo a la agudización de la lucha política nacional, a la que este último alimentó con sus intervenciones federales en varias provincias. Esa dinámica política llevó a la parálisis institucional, a la crisis terminal del gobierno en 1930 y al fin de la primera experiencia de democracia en el país. El papel de ambas fuerzas de izquierda contribuyó a generar un clima de descrédito del gobierno Radical para resolver los problemas políticos y la crisis económica nacional derivada del crack de Wall Street (que hizo sentir sus efectos desde fines de 1929).

⁵⁶ Prislei, *Periplos intelectuales*, 219-248.

⁵⁷ Solberg, *Petróleo y Nacionalismo en la Argentina, 190-192*; Ana Virginia Persello, *El Partido Radical. Gobierno y oposición, 1916-1943* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2004), 121-127.

Pero si bien ambos partidos socialistas reclamaron insistentemente la renuncia del presidente, sus posiciones se diferenciaron claramente en la crisis política de 1930. Así, la dirigencia del socialismo independiente promovió desde 1929 una campaña de oposición al gobierno Radical, apelando finalmente a la intervención militar como forma de resolución de las disputas con aquel, contribuyendo a la deslegitimación de la competencia parlamentaria y electoral como mecanismos de resolución de ese conflicto político. Sus dirigentes y militantes participaron directamente en la conspiración cívico-militar de 1930 que en septiembre derrocó a Yrigoyen. Con una fuerza electoral y una representación parlamentaria menguada al extremo en ese último año (contaba con dos diputados y un senador nacionales), la acción del Partido Socialista en esa grave situación nacional se enmarcaría en una doble reclamación al gobierno. Mientras desde la acción partidaria se desplegó su tradicional invectiva de negación de cualquier condición del Radicalismo como fuerza política democrática y republicana (denunciándola por sus prácticas demagógicas y el caudillismo), desde el Congreso Nacional el diputado Nicolás Repetto reclamó por el restablecimiento de los mecanismos institucionales parlamentarios y constitucionales para solucionar la crisis política.⁵⁸ En la acción partidaria y parlamentaria, los socialistas no dejaban de remarcar, sin embargo, que era la misma figura de Yrigoyen el problema que obstaculizaba el funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa y que sólo su renuncia posibilitaría una salida a la crisis nacional. A su favor el Partido Socialista podía reclamar que había sido coherente en sus prácticas democráticas aún en un clima político marcado por la violencia, y su posición antimilitarista lo alejó de la conspiración militar de los generales Félix Uriburu y Agustín Justo. También su responsabilidad en la creación de las condiciones políticas que llevaron a la crisis de la democracia aparecían relativizadas, ya que si sus reclamos de renuncia del Presidente alimentaron el clima político de desestabilización del gobierno, contribuyó escasamente a una resolución autoritaria en el país, más no sea que por su menguada fuerza política.

⁵⁸ Nicolás Repetto, *Tiempos Difíciles (un compendio de socialismo aplicado)* (Buenos Aires: La Vanguardia, 1931), 11-73.

Sin embargo lo que primó en la debilidad institucional de la novel democracia argentina y en su caída, fue fundamentalmente la impotencia de la burguesía por imponer una dominación política de tipo democrático, lo que explicaría su creciente distanciamiento de cualquier compromiso con su propia apertura del régimen político en 1912, de la que se fue distanciando y derivando su actuación política hacia formas corporativas para, finalmente, apoyar el golpe de estado como estrategia de imposición de su dominación.⁵⁹ Ello no restaba importancia a la responsabilidad política del socialismo (y también del Partido Comunista) en el derrumbe democrático de 1930, al sumarse a la crítica generalizada y deslegitimante del conjunto de la oposición al gobierno, aunque su influencia en ese desenlace fuera escaso. Su miopía política les veló la posibilidad de comprender al Radicalismo como un movimiento nacional-popular, dejando de evaluar que su caída violenta implicaría más una reacción política y una restauración neoconservadora que una regeneración y profundización de la experiencia democrática. El costo de esa acción política de las izquierdas lo pagarían los propios militantes y dirigentes de esas fuerzas políticas y del anarquismo desde los días siguientes del golpe, tanto por la represión desatada por Uriburu como por la reacción empresarial que haría recaer las consecuencias de la crisis económica sobre los trabajadores.

La concurrencia de todos estos rasgos específicos de la vida política argentina y la trayectoria del Partido Socialista hasta 1930, iluminan mejor las limitaciones y frustraciones del proyecto socialista reformista en esta etapa. En septiembre de ese año se cerró el ciclo de la primera experiencia democrática parlamentaria de la historia argentina iniciada casi dos décadas antes, en la que el PS había desplegado el arsenal ideológico y la táctica política de la socialdemocracia internacional. Se clausuraba también toda una época mundial de desarrollo capitalista fundado en el liberalismo y en el ideario evolucionista del progreso, en el que el socialismo había cimentado gran parte de sus expectativas de transformación de la Argentina. El orden político nacional que se consolidó luego del golpe militar septembrino estaría marcado por una restauración conservadora basada en el fraude

⁵⁹ Véase al respecto Waldo Ansaldi, “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático”, en Ricardo Falcón, *Democracia, Conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, 46-55.

y el poder militar y sustentada por una coyuntura mundial delimitada por los avances triunfales del fascismo en Europa.⁶⁰ En el nuevo contexto histórico de los años '30, el Partido Socialista se convertiría otra vez, en un espacio dinámico de debates internos promovidos por sus militantes y dirigentes, que buscaron adecuar su programa y táctica política a los nuevos tiempos y en los que emergieron nuevamente, las disputas entre las tendencias marxistas revolucionarias y las socialdemócratas.

⁶⁰ Darío Macor, "Partidos, coaliciones y sistema de poder", en Alejandro Cataruzza, *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)* (Buenos Aires: Sudamericana, 2001), 49-95.